

Reseña al libro de Virgilio López Lemus: *Eros y Thanatos: La obra poética de Justo Jorge Padrón* (Madrid: Verbum, 2002, 227 págs.). Publicada en *Philologica Canariensis* (Revista de la Facultad de Filología de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria), nº 10-11 (2004-2005), págs. 675-681.

EL ESTUDIO MÁS COMPLETO SOBRE LA POESÍA DE JUSTO JORGE PADRÓN

Maximiano Trapero

Catedrático de Filología
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

La obra poética de Justo Jorge Padrón, que tanta atención ha tenido siempre por parte de la crítica, ha sido objeto de un nuevo estudio por parte del escritor y ensayista cubano Virgilio López Lemus, que, en mi opinión, debe ser considerado como el más extenso, el más completo y, sin duda, el mejor de cuantos hasta la fecha ha merecido el poeta grancanario. El único, además, que contempla en su visión crítica la obra completa publicada hasta hoy por Justo Jorge. Y lo hace de una manera estructural, y hasta en ciertos aspectos novedosa, con una agudeza interpretativa tal que ha «visto» en ella cosas que nadie hasta ahora había señalado.

Eros y Thanatos: La obra poética de Justo Jorge Padrón es el título del libro. Un título que para su primera parte echa mano de uno de los mitos clásicos más conocidos, justamente para definir lo que en opinión del autor es la característica principal de la obra entera del poeta, manifestada a partir de unas duplicidades contrapuestas. Ha sido editado muy pulcramente por la prestigiosa editorial Verbum de Madrid, sin errata alguna que merezca ser notada, con un adecuado diseño de página, aunque con un cuerpo de letra un punto pequeño, y un total de 227 páginas, estando dedicadas las últimas a la bibliografía del autor (tanto a la obra poética como a la ensayística y a las traducciones a otras lenguas) y a los cuantiosos premios y distinciones que la obra de Justo Jorge ha merecido.

Virgilio López Lemus ha escrito un libro muy meditado, no fruto de un impulso ni resultado de «una sentada de escritura», como podría decirse. Un libro que ha sido escrito a lo largo de siete años, con las interrupciones, pausas y revisiones que las incertidumbres editoriales impusieron, y con los reinicios y añadidos obligados por la obra creciente del poeta. Según rezan las fechas puestas por el autor en el final de su texto, lo inició en junio de 1994 y lo concluyó en octubre de 2001. Del proceso de elaboración de este libro habla Virgilio en varias ocasiones (págs. 24, 25, 26, 91 y 181), así como del propósito que se hizo de escribirlo desde el momento mismo en que conoció al poeta Justo Jorge, propósito que se fue incrementado al tiempo que se adentraba más y más en su mundo poético. Libro, pues, bien reflexionado y muy bien escrito, como que procede de una de las mentes más capacitadas de la actual «inteligencia» cubana y una de las plumas mejores de la ensayística iberoamericana. Un libro que el autor quiere (y logra que sea) «intenso, antes que grande y aburrido» (pág. 25).

Elige Virgilio como lema introductorio de su libro una cita del propio Justo Jorge Padrón, en la que el poeta expresa el anhelo que tiene para su poesía: que sea síntesis de las cualidades de la obra de los poetas más admirados por él: que tenga el aleteo metafísico de Rilke, la pasión sensual de Neruda, la luminosidad cósmica de Alexandre, la expresión elegante de Quasimodo, la contención verbal de Ungaretti, el misterio trágico de Lorca, la fuerza dramática de Lautreamont, los destellos de Hördelin, la sorpresa de Bull, el dramatismo de Pessoa, la precisión de Cernuda, la finura de Paz. En ellos está la «poética» que Justo Jorge

quiere para su obra; en ellos, la influencia confesada por el autor en su poesía; en la conjunción de las características de todos ellos la particularidad de su estilo poético.

Cabe hablar de la estructura del libro, pues ella refleja muy bien la claridad de la mente de Virgilio López Lemus y el proceder que siempre tienen sus textos, profesoral y didáctico, riguroso e inductivo, argumentativo y conclusivo. Contiene cinco a modo de capítulos, siendo el primero de ellos una amplia Introducción en la que de manera resumida y original pone a disposición del lector los principios de preceptiva literaria que éste requerirá para juzgar con criterio la obra de Justo Jorge, mientras en el último hace una valoración global y final de la producción total del poeta.

Constituye la *Introducción* un texto de obligada y muy beneficiosa lectura. Se trata de una reflexión sintética y lúcida de toda una teoría de la poesía, una verdadera lección de «poética», válida no sólo para entender la obra de Justo Jorge Padrón, sino para adentrarse en el género «poesía», en general, analizando las funciones varias que puede cumplir y que cumple en cada caso (creación, imitación, recuerdo, conocimiento, inmanencia, servicio, comunicación), señalando las cualidades distintivas de cada poeta (inteligencia, talento, don, bien sea por separado o de manera acumulativa), examinando las variadas formas de aprehensión estética que tiene la poesía (lo emocional, lo sensorial, lo intelectual), y por tanto los varios tipos de «poesía» y de «poetas» que puedan decirse, según predomine en ellos una u otra forma, advirtiendo los modos de expresión o «estilos» formales que se han configurado en la historia de la literatura (clásicos, barrocos, románticos, realistas, etc.), incluso los aspectos más superficiales -pero no superfluos- de la métrica y del verso (o de la «prosa poética»). Todo ello para afrontar el estudio de la poesía de Justo Jorge Padrón: «uno de esos retos -dice el crítico- que la (buena) literatura nos impone» (pág. 26).

El segundo capítulo, titulado *La aventura lírica* trata del contexto -del tiempo y del espacio- de la obra poética de Justo Jorge, enmarcada en los paradigmas de la insularidad canaria y de la españolidad de la llamada «generación de los 70» («qué momento oportuno para nacer un poeta!» -dice Virgilio-), integrada plenamente en el contexto de la poesía europea de la época, con el contrapunto del contexto iberoamericano. De tal forma que la poesía de Justo Jorge Padrón es una «poesía del mundo», una poesía «de la universalidad», como tantas veces se ha señalado, que interesa por igual al hombre contemporáneo de muy diversas culturas (y de ahí las múltiples traducciones que su obra ha tenido a otras lenguas), pero hecha en una lengua, el español, que justamente por su implantación geográfica en Iberoamérica alcanza una resonancia universal. De ahí la conclusión de Virgilio: «Ser un poeta de rango iberoamericano no es poca cosa» (pág. 47).

El capítulo tercero trata de *La poética implícita* de la obra de Justo Jorge: de sus etapas creativas, de la temática, de los recursos formales y de los conceptos poéticos que la sustentan. Una poesía «que se aleja del tono conversacional, tan en boga en los autores latinoamericanos de la generación anterior» (pág. 74), que tiene en la «metáfora visionaria» uno de los elementos principales y más característicos de su visión poética y en la adopción del verso largo (que gira en la órbita del alejandrino, más que ser versos estrictamente alejandrinos) uno de los recursos más notorios de su estilo formal. Forma y contenido que hacen que la poesía de Justo Jorge Padrón pueda enmarcarse en la gran escuela poética de Vicente Aleixandre. Una poesía reflexiva, no intuitiva, nunca causal ni azarosa, ni menos espontánea, sino al contrario: resultado de una búsqueda, hallazgo trabajoso, conquista de una indagación. Una clase de poesía la de Justo Jorge sustentada en una «poética» que tiene unos claros propósitos, confesados explícitamente por el autor en multitud de ocasiones: la poesía como destino, como una forma de conocimiento, como forma total de vida.

El capítulo cuarto se constituye en el más extenso y central del libro: en él estudia Virgilio López Lemus uno a uno, en orden cronológico, los 20 libros publicados por Justo Jorge Padrón, desde el primero escrito (en 1970) pero aparecido 27 años después (en 1997), *Escrito en el agua*, que actúa en el libro de Virgilio como un «prefacio», hasta el último, *Trazos de un paréntesis* (publicado en 2000), que Virgilio lo considera como «postfacio» de este capítulo. (El último publicado -cabría añadirse- en el momento de entrar en imprenta el libro de Virgilio; hoy, cuando esto escribo, tengo ya entre mis manos la larga *Elegía* que Justo Jorge Padrón dedicó a la muerte de su padre (editado en 2002), y sé que tiene terminado o a punto de terminar otro libro de aliento épico-mitológico. Así se manifiesta la constancia creadora de quien no es en la vida sino poeta, pero nada menos que poeta.). A este cuarto capítulo es al que Virgilio titula *Eros y Thanatos*, llevándolo después a la cabecera general del libro. Nos podríamos preguntar por qué recurrió Virgilio a este mito clásico del *eros* y del *thanatos* para tipificar su visión crítica de la obra poética de Justo Jorge Padrón. Él mismo lo explica: porque ese título simboliza la constante principal de su obra total, porque entre esos dos extremos se encuadra su poesía, porque esas son «las duplicidades básicas» de su poética: amor y odio, luz y sombra, orden y caos, vida y muerte, fuerza naciente y consumación final, creación y destrucción. «Hay un dolor que vive en mi alegría» dice el poeta en uno de los sonetos de su libro *El fuego en el diamante*. Y dice finalmente Virgilio: «Eros y Thanatos abrazaron a Justo Jorge Padrón y lo llenaron de obsesiones. Creo que Thanatos triunfa en él, si no en el hombre, como ser cotidiano que ríe y conversa, se enfada, lucha, sueña, sí en el creador» (pág. 214).

Finalmente, en el capítulo quinto, que lleva como epígrafe el de *Pasado/Presente/Futuro*, hace Virgilio una valoración global de la obra toda de Justo Jorge Padrón, poniendo cada título en un escalón diferente de una imaginaria pirámide que tiene en la cúspide el libro *Los círculos del infierno* y en un peldaño inmediatamente inferior los libros *Resplandor del odio* y *Ascuas del nadir*. Naturalmente, una clasificación tipificada de esta manera no tiene por qué ser compartida por todos los lectores, ni siquiera por el propio autor, pues, al fin, la valoración de toda obra artística -y la poesía también es una de las «bellas artes»- posee un valor connotativo que es asimilado de manera particular y subjetiva. Y esa percepción resulta incluso más determinante en la valoración final que la objetivación de los elementos constituyentes analizados. Decisión comprometida, pues, la tomada por Virgilio, pero consecuente con su condición de crítico que dice lo que piensa y expresa lo que siente. Porque no siempre el crítico literario -como el de cualquier otra manifestación artística, digamos el crítico musical, el de las artes plásticas, etc.- toma posicionamientos tan claros y comprometidos, encubriéndose, por el contrario, en un lenguaje tan críptico, en un lenguaje tan confuso y enredado que ha llegado a constituir por sí mismo un «estilo» literario propio, el «lenguaje de la crítica» que suele llamarse, y que requiere, a su vez, de otra preceptiva para que sea entendido.

No es así el estilo lingüístico de Virgilio López Lemus, ni pretende esconder tras la retórica sus opiniones. Al contrario: su prosa es diáfana, culta y llena de referencias, sí, pero puesta al servicio de la inteligibilidad; admirables son la capacidad que tiene para hacer frases conclusivas y redondas y la oportunidad para traer a su razonamiento las citas de los clásicos, que se ensartan como perlas en su propio discurso; excelente «lector» de poesía es Virgilio, a la vez que descubridor de «esencias» no fácilmente aprehensibles, y agudas son las interpretaciones que hace; rigurosa es la estructuración a que somete a su pensamiento para presentarlo con orden y claridad; personales son sus ideas y ese estilo que tiene, un tanto desenfadado, como buen iberoamericano y como buen cubano que es, que le permite decir las cosas con gracia y originalidad, con desparpajo incluso (entendido éste en el sentido que el término tiene en España de «desembarazo en el hablar» y no en América Central de «desorden»); y como buen iberoamericano, también gran «neologicista» que le permite decir

con propiedad palabras como *presentaneidad* (págs. 104 y 146) o *ineditez* (pág. 181) que a los oídos de los españoles suenan como un gran atrevimiento. En fin, crítico de poesía puesto en la tarea justa de ser intérprete, de ponerse en el punto intermedio entre la obra de un autor y la percepción de un lector, de ser puente que acerca y clarifica, no barrera que aleja y esconde.

¿Y es que la obra de Justo Jorge Padrón necesitaba de un crítico? Es evidente que sí, cuando tantos (y algunos de nombre tan sonado como los de Borges, Paz, Aleixandre o Alvar) ha tenido. Y eso a pesar de la cita de Hermann Hesse sobre la innecesidad de la crítica que el propio Virgilio trae en el final de sus páginas: «Los libros de los poetas -dijo Hesse- no necesitan ni de aclaración ni de defensa, son harto pacientes y saben esperar; si tienen algo de valor, la mayoría de las veces viven más tiempo que los que discuten sobre ellos».

El que no necesita de crítica interpretativa es este libro de Virgilio López Lemus. Si yo me he puesto a escribir sobre él es sólo por glosarlo, por ponderarlo, por recomendar su lectura, pues que tanto beneficio reporta y tan clarificador es de la obra poética que toma por objeto de análisis. ¿Que la obra de Justo Jorge Padrón necesita de la mano de un crítico que la haga más cercana y clara al lector? Pues... según el lector. Para mí tengo que después de la lectura del libro de Virgilio entiendo mejor la poesía de Justo; más aún, me la ha puesto en más alto precio.

Es cierto lo que Virgilio dice: nunca se termina de escribir un libro. Ni la visión crítica de la poesía de Justo Jorge Padrón ofrecida por él será la última y definitiva, mucho más cuando el autor está en una fase de creación plena, ni menos ha de ser la única posible. La poesía, cuando es auténtica, siempre queda resonando.